Caleb, el hombre de fe

Estudio bíblico por el misionero Axel Burman

El Salmo 84 es una descripción del peregrinaje a Sion de los fieles. Algunos de los versículos pueden aplicarse al siervo de Dios Caleb, a sus batallas y victorias, y a la herencia que con el tiempo fue de él.

En el versículo 5 se mencionan dos condiciones para ser bendecido: (1) tener en Dios nuestras fuerzas, no en un poder humano; sino (2) tener un corazón que anhela los caminos del Señor

Pero anhelaban una mejor, esto es, celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos; porque les ha preparado una ciudad. Hebreos 11:16

En el versículo 6 se menciona el paso por el valle de lágrimas; el camino del peregrino se caracteriza por el trabajo, pero lo enriquece con fuentes. Entonces Dios también hace su parte; la lluvia de otoño lo llena de bendición.

«El riega los montes desde sus aposentos» (Salmo 104:13). El pueblo de Dios cava; el Señor llena. Esto pasó durante el primer período cristiano: predicaban, y el Señor obraba (Marcos 16:20).

El valle de lágrimas también se llama «el valle del gemido». En la traducción al inglés es «el valle de Baca». «Baca» significa llorar. Se menciona que Jesús lloró en tres casos durante su paso por la tierra (Juan 11:35; Lucas 19:41; Hebreos 5:7).

«Irán con lloro, mas con misericordia los haré volver» (Jeremías 31:9). ¿Fue tal vez en el valle de Baca que David oyó el sonido de pasos en las copas de los árboles? (2 Samuel 5:24).

Hay fuentes de agua, fuentes de poder, fuentes de vida para nosotros y nuestros compañeros de viaje. ¡Alabado sea Dios!

En el versículo 7 dice: **«Irán de poder en poder; verán a Dios en Sion»**. Ante todo lo maravilloso que hemos experimentado, todavía podemos extendernos hacia adelante para recibir aún más ricas bendiciones de Dios. Él tiene más... queda más... ¡es rica la fuente de gracia!

¡De poder en poder! ¡Gracia sobre gracia! (Juan 1:16). Somos transformados de gloria en gloria (2 Corintios 3:18).

Un brillante ejemplo de estas palabras del Salmo 84 es la historia de Caleb, hijo de Jefone. La bendición de la que Moisés habló a Aser se aplica a Caleb: **«Como tus días serán tus fuerzas»** (Deuteronomio 33:25).

Notas personales

El linaje de Caleb

Originalmente, Caleb no perteneció al pueblo de Israel. Fue de origen cenezeo (Números 32:12). Según la promesa de Dios a Abraham, también el área de los cenezeos sería para su descendencia (Génesis 15:18-21); entre las tierras de diez diferentes naciones.

Como Rahab, Rut y otros, también Caleb hizo causa común con el pueblo de Dios. Era fruto de primicia de las naciones, y recibió su porción y herencia entre los hijos de Israel.

Se piensa que este Caleb puede ser el Caleb mencionado en 1 Crónicas 2:18,19, porque su hija se llamaba Acsa (v.49). Su esposa fue Efrata (vv.19,50). Otros piensan que él era el abuelo del Caleb explorador, con el mismo nombre.

Caleb era hijo de Jefone; su nombre significa «osado o impulsivo». Sus hijos eran Iru, Ela y Naam (1 Crónicas 4:15).

La misión de Caleb

En Números 13:1,2 el Señor habló a Moisés, diciendo: **«Envía tú hombres que reconozcan la tierra de Canaán, la cual yo doy a los hijos de Israel.»**

Dios conocía el país y cómo eran sus pobladores. Si su pueblo hubiera estado lleno del espíritu de fe, no habría sido necesario el envío de espías. Pudieran haber subido y tomado la Tierra Prometida.

Originalmente, la propuesta no fue de Dios sino del pueblo. Los israelitas mismos fueron a Moisés con su solicitud: **«Envíenos varones delante de nosotros, para que puedan explorar la tierra»** (Deuteronomio 1:22).

Ellos confiaron más en los espías que en la columna de nube y de fuego que los guiaba. Esto fue sin duda un gran error. Sin embargo, Dios les permitió hacer lo que mejor les parecía (compárese 1 Samuel 8:22).

Moisés tomó doce varones, uno por cada tribu (véase Deuteronomio 1:21 y siguientes).

Anteriormente, Moisés siguió el consejo de su suegro Jetro y nombró jueces en Israel (Éxodo 18:24-26); pero el plan de Dios era que se añadieran setenta ancianos (Números 11:16,17).

Cuando en esa ocasión enviaron doce espías, Caleb fue injertado en Israel. Él también fue considerado como príncipe entre los doce hombres seleccionados (Números 13:3-16).

Caleb representó a la tribu de Judá (v.7), y se consideró bastante seguro como un verdadero israelita. Sus divagaciones sobre las montañas y a través de bosques, valles, pueblos y ciudades de la Tierra Prometida llegaron a cuarenta días.

El testimonio de Caleb

Un día, en Cades, en el desierto de Parán, los doce espías contaron a Moisés, Aarón y a toda la congregación de los hijos de Israel lo que vieron y experimentaron en su viaje. También tenían algo que mostrar: el fruto de la tierra. Era un racimo gigante de uvas junto con granadas e higos. Dieron su informe y estaban de acuerdo en que era una tierra que fluía de leche y miel.

Lamentablemente, empezaron a dar un informe negativo, de que el pueblo era fuerte, que las ciudades estaban bien fortificadas, y que habían visto allí a los hijos de Anac. También mencionaron dónde estaban cinco naciones poderosas.

Los hijos de Israel sin duda habían anticipado una victoria fácil. Mientras escuchaban el informe de los espías disminuía su valor. Ante las preocupaciones que surgieron, Caleb testificó con toda fe: **«Vayamos allá y ocupamos la tierra, porque en verdad seremos más fuertes que ellos.»**

Los doce espías habían visto cosas similares; pero la reacción de ellos era completamente diferente. Diez exploradores sembraron incredulidad: «No podemos subir».

Hablaron de los hijos de Anac, la raza de gigantes, y añadieron: **«...a nuestro parecer éramos como langostas, y así les parecíamos a ellos»** (Números 13:34). Había allí «ciudades grandes y amuralladas hasta el cielo» (Deuteronomio 1:28). No hay tales ciudades; era falta de fe.

Los espías hicieron comparaciones completamente diferentes. La mayoría comparó la tierra con ellos mismos y vieron solamente imposibilidades. Caleb y Josué compararon a los gigantes con el Señor y no con ellos mismos.

Es el Señor que habita en la tierra y sus moradores son como langostas (Isaías 40:22). Ellos testificaron de nuevo y dijeron: **«No teman a la gente del país; serán como un bocado para nosotros.»**

Toda la congregación gritó entonces y hablaron de apedrearlos. Cualquiera que predica la fe y cuenta con Dios debe estar preparado para ser apedreado. Así fue para Caleb y Josué, para Moisés y David, Jesús mismo, y para Pablo y Esteban.

La promesa de Hebrón

Pero ya que en mi siervo Caleb hay un espíritu diferente, de modo que en todas las cosas me ha seguido, yo voy a dejarle entrar a la tierra donde entró, y su descendencia la poseerán. *Números 14:24*

Depende del espíritu en el hombre. Ese fue el factor decisivo en cuanto a los espías.

Notas personales

Caleb tenía...

- espíritu de fe: 2 Corintios 4:13
- espíritu voluntario: Salmo 51:13
- espíritu de poder: 2 Timoteo 1:7
- espíritu de oración: Zacarías 12:10

Ya que Caleb tenía otro espíritu, en todo siguió al Señor.

Se menciona esto acerca de él tres veces, Moisés usó la expresión acerca de Caleb una vez, Josué la usó una vez, y Caleb lo dijo de sí mismo también una vez. Se dice que esta palabra hebrea significa «un barco que sale a toda vela».

Caleb tuvo la vista en el futuro y vio visiones de Pisga. Los otros espías tuvieron su veredicto. Para ellos no hubo regreso.

Juan habla del pecado de muerte (1 Juan 5:16). Fue por causa de incredulidad que no pudieron entrar allí (Hebreos 3:19).

Cades Barnea fue el punto fatal para ellos. Del mismo lugar de donde se interrumpió la primera caminata, comenzó la nueva, que duró 40 años. Ninguno de los hombres que tenía más de veinte años llegaría a Canaán.

Caleb, que fue testigo de los grandes milagros en Egipto y de cómo Dios con brazo fuerte los redimió de la esclavitud, ahora vio a los diez espías ser alcanzados por la muerte. Diariamente, durante los largos años en el desierto, vio a muchos israelitas, en sus mejores años e incluso mayores, que fueron arrebatados por la muerte, y sepultados en la arena del desierto. Al final, también Aarón y Moisés ya no estaban con el pueblo.

En los cuarenta años, Caleb siguió como antes. La descripción que Dios ha dado acerca de él encaja en todo ese tiempo: «en todo había seguido». Él sirvió a Dios en el desierto, mientras que su corazón estaba en Canaán.

Un día estaba junto con el comandante Josué y el nuevo Israel en la frontera de la Tierra Prometida. Vio partirse el río Jordán, así como el mar Rojo se había abierto cuarenta años antes. Cruzó el río; vio cómo cayeron los altos muros de Jericó. El anciano Caleb compartió las dificultades y las luchas de la vida de guerrero. Se regocijó en cada victoria ganada. Pronto el país sería distribuido entre las tribus de Israel.

El premio de la fidelidad

Cuando Josué, un día, se encontró en Gilgal, vino Caleb, hijo de Jefone, con su solicitud. Cuarenta y cinco años habían pasado desde el día en que el Señor, por medio de Moisés, le había dado la promesa de una tierra especial. Ahora él reclamaba esto. Fue precisamente el área que sus pies habían pisado, y donde el hombre de Dios, Abraham, una vez había vivido.

4 Caleb, el hombre de fe

Caleb dio la honra a Dios por su vida y su salud durante tantos años.

Todavía estoy tan fuerte como el día que Moisés me envió; cual era mi fuerza entonces, tal es ahora mi fuerza para la guerra, y para salir y para entrar. *Josué 14:11*

Caleb habló de la fidelidad de Dios (v.10), la bondad de Dios (v.11) y el poder de Dios (v.12). Su petición fue: **«Dame este monte sobre el cual habló Jehová aquel día.»** Allí vivían los anaquitas y allí había grandes ciudades fortificadas que llenaron de temor a los espías. Era una zona invicta y ciertamente no sería una ocupación fácil. Sin batalla no hay victoria.

Caleb terminó su presentación diciendo: **«Tal vez el Señor esté conmigo, para que yo pueda expulsarles como el Señor ha prometido.»** Todo dependía de que el Señor estuviera con él. Su pedido se apoyaba en lo que el Señor había dicho, y lo que el Señor había prometido.

Antes de que Caleb comenzara la campaña audaz, recibió primero la bendición de Josué y luego la promesa de Hebrón como herencia. ¿Por qué recibió todo esto? Porque en todo había seguido cumplidamente a Jehová, Dios de Israel.

Durante todos estos años Caleb había mantenido vivo el fuego en su corazón. Él había estado esperando el día en que se ocuparía de la batalla con los gigantes y los derrotaría. El gigante más grande era Arba, su hijo era Anac. Quizás estaban muertos; pero los nietos de Arba –Sheshai, Ahiman y Talmi– sobrevivieron (Josué 14:15; 15:13,14).

Caleb expulsó a los gigantes con quienes guerreaba. Ellos no pudieron resistir, y tuvieron que retirarse. Su último bastión era Quiriat-sefer (Josué 15:16,17).

El hombre de fe Caleb había recibido una promesa y luego dio una promesa: **«El que hiriere a Quiriat-sefer y la tomare, yo daré Acsa mi hija por mujer.»** Quería tener un yerno con el mismo espíritu que él tenía.

La promesa de una novia se convirtió en la inspiración para Otoniel; tomó la última trinchera del enemigo y reclamó la promesa.

Otoniel era el hermano menor de Caleb (medio hermano; tenían diferentes padres). Ahora se convirtió en su yerno.

La fe y el valor de Otoniel llegó ser de beneficio para todo Israel. Después de la muerte de Josué, a los 110 años, Otoniel se convirtió en juez del país. Fue el primero de los siete jueces del libro de los Jueces (3:9,10).

Cuando el Espíritu del Señor vino sobre él, ganó victoria sobre Cusan-risataim, rey de Mesopotamia. El país tuvo tranquilidad durante cuarenta años. Otoniel probablemente vivió en su granja junto con Acsa. Tuvo un hijo: Hatat (1 Crónicas 4:13).

El regalo de bodas

Acsa y Otoniel probablemente se conocían. Cuando Acsa oyó acerca de la promesa de su padre, y quién había tomado el último atrincheramiento del enemigo, estuvo inmediatamente dispuesta a unir su vida con el ganador de la victoria.

Cuando llegó su novio, él la llevó a pedir un campo de su padre. Ella también le preguntó por las fuentes de agua, que ella quería como regalo de despedida. Acsa recibió respuesta inmediata.

Caleb había esperado cuarenta y cinco años por el cumplimiento de la promesa.

El anciano hombre de fe Jorge Müller, recibió a través de la oración y la fe el equivalente de casi tres millones de dólares para sus cinco orfanatos en Bristol, Inglaterra. Educó a cerca de diez mil niños sin hogar. Él dijo: «Es inconcebible que Dios pueda decepcionar.»

En una ocasión, alguien le preguntó:

–¿Han sido respondidas todas sus oraciones?

–Todavía estoy a la espera de una respuesta –dijo Müller–. Durante 63 años he orado por la salvación de dos hombres.

–¿Cree que vendrá la respuesta?

–Dios no me instaría a seguir orando por estos ancianos si no los salvaría –dijo Müller.

Poco después, los dos ancianos se convirtieron.

La vencida ciudad de Quiriat-sefer y las tierras de cultivo no eran una herencia seca y estéril. Acsa obtuvo lo que pidió a su padre. Caleb tenía tres hijos, pero lo que había conquistado fue suficiente también para su hija. Ella obtuvo las fuentes de arriba y las fuentes de abajo.

Son similares a las bendiciones que Jacob dio a su hijo José: las bendiciones de los cielos de arriba y las bendiciones del abismo que está abajo (Génesis 49:25).

Estas fuentes hablan de bendiciones espirituales y celestiales para nuestro espíritu y nuestra alma e incluso bendiciones para nuestro cuerpo y nuestra vida terrenal.

La lluvia tardía nos llena de bendición (Salmo 84:6).

El vencedor

«Irán de poder en poder» (Salmo 84:7). Caleb es uno de los personajes bíblicos más nobles. Obedeció a Dios sin temor.

La herencia de Caleb tuvo un lugar especial en la Tierra Prometida. Parece que él fue el único que expulsó completamente al enemigo. Los otros no pudieron.

Los carros de hierro de los enemigos y las ciudades fortificadas fueron por agujones en sus ojos y como espinas en sus costados (véanse Números 33:55; Josué 23:13; Jueces 2:3).

Sólo la persona que en todo, completamente e indivisible, sigue las palabras del Señor tendrá una victoria gloriosa.

Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. *Romanos 8:37*

Nada nos puede separar del amor de Cristo.

¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada?
Romanos 8:35

No se dice nada sobre la muerte de Caleb o la edad que tenía cuando llegó la orden de salida. Pero un día se hizo presente ante Dios en Sion (Salmo 84:7).

Las siete cartas en Apocalipsis 2 y 3 terminan con promesas de bendiciones para el vencedor. No hay promesas ni bendiciones dadas a aquellos que se rinden, para los cobardes que huyen de la batalla.

1. **La fe** lleva fruto (Números 13:24; véase Mateo 7:16-20);
la incredulidad es infértil (Números 13:28,29).
2. **La fe** mira hacia arriba (v. 30);
la incredulidad ve a su alrededor (v. 33).
3. **La fe** dice: «Subamos a...» (v. 30);
la incredulidad dice: «No podemos» (v. 31).
4. **La fe** glorifica a Dios (v. 30);
la incredulidad aumenta las dificultades (vv. 32,33).
5. **La fe** trae buenas noticias (Números 14:7,8);
la incredulidad trae un mal informe (Números 13:33).
6. **La fe** ve a Dios (Números 14:9);
la incredulidad ve los gigantes (Números 13:28).
7. **La fe** lleva a Canaán (Hebreos 4:3);
la incredulidad excluye (Hebreos 3:19).